

La represión violenta no nos puede detener en ninguna parte del mundo

Por: George Lakey
Mayo 2014

El guión dictado por la sabiduría popular es bastante claro: Cuando un puñado de personas en protesta contra una injusticia es lastimado o asesinado por policías o militares, el movimiento es aplastado. La violencia detiene a la protesta no violenta, ¿no?

Entonces, muchos de nosotros hemos sido testigos de lo contrario: la violencia a menudo puede estimular al movimiento para convertirse en algo más grande y más poderoso.

No se sabe bien por qué la represión violenta puede tener resultados diferentes. Una posible explicación podría ser que una pequeña cantidad de violencia estimula el crecimiento del movimiento y una gran cantidad lo apaga, pero esto simplemente no es cierto. Algunos movimientos no violentos prosperan al sufrir una fuerte violencia represiva y otros sucumben con sólo una pequeña cantidad.

Sí, hay muchas veces cuando la violencia realmente apaga un movimiento. Pero hay más casos que se publican en la Base de datos de Acción No violenta Global (casi 800 ahora), entre más ejemplos de represión vemos más se propulsa el movimiento a la victoria.

Probablemente, la gente en los Estados Unidos sabrá sobre las campañas de derechos civiles que prosperaron ante la violencia, como en Birmingham, Alabama, en 1963, uno de los 50 o más luchas dentro de la base de datos por los derechos civiles. Pero antes de los años 1950 y 1960 allí hubo estrategias intuitivamente brillantes que vieron a través de la sabiduría convencional.

Los investigadores procuran entender lo que le permite a un movimientos no sólo resistir la represión violenta, pero usarla para su propio crecimiento y poder. El académico australiano Brian Martin llama la represión que no funciona "el tiro por la culata", mientras Lee Smithey y el Les Kurtz lo llaman "la paradoja de la represión." En mi libro, "Hacia una revolución viva", identifiqué las cosas que los activistas pueden hacer para activar el bumerán de represión contra los que tratan de detenernos.

Muchos países, muchas culturas

Lo que me impresiona cuando leo la base de datos es la extensión de este fenómeno. Aparece en muchos países, en diversas décadas, en movimientos dirigidos por estudiantes, trabajadores, campesinos y profesionales. Aquí una muestra de ellos, a través de continentes.

En San Petersburgo, la masacre de los Cosacos a los campesinos no violentos que en 1905 le pedían al Zar, desencadenó una famosa insurrección no violenta en todo el país. Las protestas sentaron las bases para el derrocamiento del Zar en 1917.

En 2010, el intento del gobierno de Quebec de reprimir la campaña de los estudiantes para parar el incremento de matrícula causó una batalla por toda la provincia que movilizó incluso a los que no eran estudiantes, e inclusive al movimiento obrero. Los estudiantes ganaron.

En 1952 el gobierno sudafricano golpeó una pequeña campaña no violenta contra el apartheid con detenciones, golpes y disparos, que rápidamente aumentaron el tamaño del movimiento y movilizaron a sus aliados blancos.

En 1987 en Bangladesh, la dictadura terminó por matar a muchos, pero fue incapaz de parar una campaña a favor de la democracia. Cuando el gobierno cerró las universidades para privar a los estudiantes de su base de organización, más estudiantes se afiliaron al movimiento. Los abogados y doctores acompañaron a los trabajadores ya en las calles. El movimiento de oposición se multiplicó, y hacia 1990 los policías rechazaron disparar a las muchedumbres desarmadas. El régimen cayó.

Una historia similar se llevó a cabo en Irán en la campaña de 1977 contra el Sha, que encabezó una de las fuerzas militares más poderosas en el mundo así como la odiada policía secreta experta en tortura. La

campana comenzó en pequeña escala con estudiantes. La policía mató a dos estudiantes de teología en una manifestación. Ese momento fue cuando el movimiento debería de haberse apagado. En cambio, muchas más personas se unieron, incluso no estudiantes. Dramáticamente, el ritmo de la campana se condujo por ciclos de 40 días en los cuales los servicios de la mezquita honraron los crecientes números de muertos. Las matanzas y la tortura propulsaron las protestas no violentas en grandes escalas hasta que los trabajadores del petróleo — la "aristocracia" de la mano de obra — se declaró en huelga.

El Sha, esperando que la violencia resultara más poderosa que la fuerza no violenta, ordenó que el número de sus generales de intensificar la represión, causando “el viernes Negro,” cuando helicópteros armados se cernieron encima de iraníes desarmados que se reunían en las plazas de la ciudad de Teherán, lloviendo balas sobre ellos. En vista del abrumador conocimiento público global de la matanza, el presidente Jimmy Carter publicó una declaración que apoyaba al Sha, pero dentro de Irán la represión estaba, pero dentro de Irán la represión era el punto de inflexión. Algunos comandantes aún estaban listos para rodar sus tanques sobre los manifestantes en las calles, pero los soldados se hicieron visiblemente menos complacientes a seguir disparando a la gente. El Sha no tuvo más remedio que huir al exilio.

En Guatemala el dictador Jorge Ubico, admirador público de Hitler, lo demostró cuando su gobierno militar establecido por mucho tiempo fue desafiado en 1944. Cuando las mujeres formaron una marcha silenciosa, pacífica, los soldados les dispararon, matando a la maestra María Chinchilla, quien se convirtió en la primera mártir de la campana. Los trabajadores y la gente de la clase media paralizaron la capital. El carácter no violento del movimiento se subrayó con el lema “Brazos Caídos”; Ubico cayó.

El año pasado en China, un estudiante de secundaria dirigió una campana para cerrar una planta de cobre en la provincia de Sichuan, que estaba a punto de contaminar la ciudad de Shifang. Las primeras manifestaciones fueron reprimidas: la policía golpeó a los estudiantes, utilizaron gases lacrimógenos y granadas de aturdimiento, y les dispararon. Cada una de las manifestaciones aumentó en número, y pronto decenas de miles de personas llegaron al lugar de las manifestaciones. Frente a una situación cada vez más fuera de control, el gobierno accedió a no terminar la construcción de la fábrica.

En Japón los agricultores de Sunagawa tomaron el mando en 1956 para derrotar la ampliación planeada de una base militar estadounidense. Cuando los policías golpearon con mazos a los aldeanos, hiriendo a más de 200 de ellos, 4,000 personas se rebelaron al día siguiente para reforzar la demostración. La brutalidad de la policía movilizó hasta a miembros del parlamento japonés, que se afiliaron a la acción directa. Esto no le impidió a la policía pisotear, dando puntapiés y empujando a los manifestantes, hiriendo a más de 700, incluso médicos y reporteros.

En vez de desalentarse por la brutalidad, otros miles de japoneses se afiliaron a la acción en la base aérea, doblando el número. Este era el punto de inflexión. Los militares estadounidenses anularon el programa de extensión.

¿Qué lado aprenderá primero de la historia?

Mientras los ejemplos de la represión fallida se amontonan por todas partes, el 1 por ciento de los ejecutores así como los activistas tratan de entender el mundo al revés. ¿Qué pasó con la máxima de Mao que “el poder político nace de la boca del fusil”? La cultura de las masas todavía cree en esa vieja conjetura, y entre el espectro político, de la muy vieja izquierda al presidente Obama, hasta el ala derecha. Sin embargo, algunos muy atentos al poder estatal lo ponen en duda.

Noto que ya en algunas ciudades en los Estados Unidos no es fácil para los activistas ser detenidos por policías cada vez más sofisticadas. ¡Que desorientador! En lugar de desarrollar tácticas más creativas o escalar el conflicto a un nuevo nivel, algunos activistas simplemente recurren a hacer cosas alocadas para forzar detenciones — y parecer, pues locos.

Pero la historia está llena de ejemplos de los cuales podemos aprender de cómo los movimientos han guardado su enfoque y han luchado a través de la represión violenta a la victoria. Cada lado — los responsables de parar movimientos por la justicia y aquellos de nosotros construyendo aquellos

movimientos — tienen la oportunidad de aprender de la historia de la lucha gente que crece rápidamente. Veremos quién aprende más.

George Lakey es profesor visitante en Swarthmore College y un Quaker. Ha dirigido 1.500 talleres en los cinco continentes y ha liderado proyectos activistas en los niveles locales, nacionales e internacionales. Entre muchos otros libros y artículos, es autor de "Estrategias para una revolución viva" en el libro de David Solnit "Globalizado la liberación" (City Lights, 2004). Su primer arresto fue por una sentada de los derechos civiles y el más reciente fue con equipo de acción de Earth Quaker mientras protestaba para el retiro de una mina de carbón en una montaña.